

que en realidad se encontraba, para no ver más que el gran Cristo que extendía sus brazos márfires por encima del altar, y las rodillas mostrábanse dispuestas a doblarse como en una verdadera mansión del buen Dios en tierra firme.

En aquella capilla maravillosa había cuatro facistoles de gran belleza, cuatro atriles que constituían todo el mobiliario.

En estos cuatro atriles vi yo cuatro enormes libros registros de color verde, con ángulos de cobre, cuyo aspecto brutalmente comercial resaltaba singularmente en aquel marco sagrado.

En cambio fui atraído por un libro de extraordinaria belleza que había sido colocado en el mismo altar, delante del tabernáculo. La cubierta, con incrustaciones de piedras preciosas, representaba por sí sola una suma considerable. Jamás el arte bizantino, en sus días de mayor opulencia, había enriquecido parejamente la palabra escrita del que predicó la pobreza.

Yo alcé la cubierta, sintiendo curiosidad por leer en aquel evangelio esplendente. Pero no bien hube echado una mirada en aquel libro terrible, cuando lo dejé caer retrocediendo y lanzando un suspiro de horror.

Aterrado, deseando únicamente huir, me volví:

—Señor Herbert de Renich, ¿quién le ha permitido mirar en mi *Libro Mayor*?

Ante mí se hallaba el capitán Hyx, que me tendía la mano con gesto amigable y sencillo.

XXIV

Lo que fué dicho en la pequeña capilla.

A sí, pues, él me tendía la mano.

Esta era la primera vez que tenía este gesto para conmigo, y yo hubiera dado mucho, muchísimo, por que nunca se le hubiera ocurrido tenerlo. No obstante, yo le estreché aquella mano que tan poco deseaba. Esta no se hallaba ni fría ni calenturienta. No ofrecía nada de extraordinario.

Me condujo ante los cuatro atriles y los cuatro libros verdes con esquinas de cobre, de los que pendían cintas de seda que terminaban en pequeños cuadritos de pergamino, sobre los cuales se habían inscrito bien cifras, bien letras de los diferentes alfabetos conocidos tanto en Oriente como en Occidente.

—Señor Herbert de Renich—me dijo, haciendo alusión a mi anterior indiscreción—, antes de mirar en mi *Libro Mayor*, al que yo he depositado en la piedra santa, delante del tabernáculo, porque mi *Libro Mayor* le pertenece a Dios

conviene echar primero una mirada a mi *contabilidad ordinaria*, que todavía les pertenece a los hombres...

Su mano me señalaba entonces los cuatro libros verdes, en cuyas cubiertas yo leí: *Libro diario*, *libro copiador de cartas*, *libro de inventarios*, *libro de balances*.

—Con estos libros — prosiguió — he hecho aquél — el libro lujoso de la piedra del fabernáculo —, y sigo haciéndolo, y haciéndolo seguiré hasta que el mismo Dios me envíe su ángel para poner en él la palabra "fin".

Aquí pareció reflexionar. Y yo percibía su silencio como percibía momentos antes sus palabras. Pero ahora, hasta su mismo silencio me inquietaba y me dominaba... De todos modos no iba yo a ponerme a sentir simpatía por aquel hombre monstruoso que era el enemigo más cruel de Amalia y quizás también mío. Cuando reflexiono ahora en todo esto, no puedo explicarme a la verdad mi estado de debilidad de espíritu sino por una fuerza excepcionalmente irresistible que me domeñaba, como domeña todo, y esta fuerza es la sinceridad. Sí; aquel hombre era sincero en su horror. El creía tener razón. ¡Mirad! ¡Oidle reflexionar un instante en esta capilla ante ese Dios al que se atreve a invocarlo...

El capitán Hyx rumia tranquilamente todas las razones que tiene para tener razón, y quizás pide al Señor que me ilumine a mí, Carolus Herbert de Renich.

Me ha soltado la mano. Ahora posa la suya en

el primer libro verde que tiene a su derecha y que lleva la inscripción de *Libro de Balances* y me dice:

— Señor, usted tiene un alma generosa: su loca conducta, en lo que concierne a la señora del almirante von Treischke, lo atestigua; pero de todos modos espero que tan hermosos movimientos, muy naturales en un hombre joven aún, no le impedirán considerar sanamente las tristes y formidables necesidades a que he tenido que obedecer por la venganza de Dios y el honor de los hombres... Señor Herbert, *frente a los crímenes de la Bestia, ¿qué podía hacer yo sino abrir libros de contabilidad?*... Ahí los tiene usted, puede usted hojearlos, todo el mundo puede leerlos... Es una contabilidad honrada que no teme ningún control. ¡Lea! ¡Lea!... (El capitán abrió el libro.) Esta es una contabilidad especial, que no suele verse en el comercio, pero que responde bastante bien a nuestras necesidades. Es un balance de un género absolutamente nuevo que lleva la cuenta no sólo del objeto cambiado, sino también y principalmente de la calidad del propietario del objeto. Pues frecuentemente la calidad del individuo determina la calidad del objeto. *Hay muchas clases de brazos como hay muchas clases de carbón*. Así, el brazo o la pierna, o incluso la cabeza, del almirante von Treischke, son infinitamente más caros que cualquier otro brazo, cualquiera otra pierna o cualquier otra cabeza recién llegada...

¿Cómo deciros el efecto que me producía una "conversación" tan inesperada? Yo había visto ya

demasiado en aquel barco infernal para poder esperar ni por un segundo que era objeto de alguna broma macabra. Por lo demás, el aspecto y el tono del capitán Hyx disipaban para siempre toda idea de broma. El hombre hablaba—yo lo sabía—con la mayor seriedad del mundo. Y acordándome de los consejos de Dolores, me esforcé por “ponerme a la altura”.

El capitán me preguntó muy amablemente:

—¿Me empieza usted a comprender?

—Sí — dije yo estremeciéndome —. Le comprendo en absoluto. ¡Es horrible! ¡Es horrible!

—Tenga usted en cuenta, señor mío, que si no me comprendiera usted ya trataría de consolarle. Lo importante para mí y para el mundo sería que me comprendieran ellos...

—¿Y le han comprendido?...

—Están empezando a hacerlo... De todos modos, por lo que respecta a usted, quisiera, en la medida de lo posible—añadió con una gran cortesía algo afectada (no se me escapó el matiz)—, inspirarle otros sentimientos que no fueran el horror. Si tuviera usted la paciencia, o solamente la buena voluntad, de examinar *el movimiento de nuestro negocio durante los últimos seis meses, vería usted que hemos obtenido resultados apreciables.*

—¿Está usted en correspondencia directa con ellos?

—Sí—dijo el capitán Hyx dirigiéndose hacia el copiadore de cartas—. Puede usted juzgar por sí mismo cuanto guste. La lista de Correos no ha sido creada únicamente para la comodidad

de los neutrales... La cosa, vuelvo a repetirle, es hablar a esas gentes como es debido...

Dicho esto, abrió el copiadore de cartas y me invitó a examinar las primeras líneas de una correspondencia cambiada con cierto capitán de submarino, muy conocido en Alemania. Yo alcé la cabeza, más emocionado sin duda de lo que hubiera deseado aparecer.

—¡Esto es sencillamente aterrador!—dije yo.

—¿Lo cree usted así?...—dijo el capitán Hyx—. Hay personas verdaderamente extraordinarias, tales como usted, caballero, que tienen el corazón tierno, y suelen escribir que los boches (como dicen los franceses), enemigos de la humanidad, son tan estúpidos como peligrosos, porque son incapaces de concebir otra mentalidad que la suya, y no pueden razonar sobre los demás sino con su razón de boches... Pero esas personas, a cuyo grupo pertenece usted, caballero, son tan peligrosas y también (perdóneme la palabra) tan boches, *a su modo*, como los mismos boches, porque para contestar a los crímenes de éstos les hablan el lenguaje de la humanidad. Entonces son ustedes los que no pueden salir de su intelectualismo. A ustedes es a los que hay que reprochar el que sean incapaces de concebir una mentalidad distinta de la suya... Si no fuera por eso, ustedes hablarían en boche a los boches. Y hablar en boche a los boches es hablar el lenguaje del espanto, el único que ellos pueden entender, el único con que contaban para convencer al mundo..., el único, por consiguiente, con el que puede esperarse que

ha de convencérselos a ellos. Y yo les digo: ¡Vamos a ver! ¡Espanto por espanto! ¡Brazo por brazo, pierna por pierna, ojo por ojo, diente por diente!... ¡Contemos!

—¡Sí, sí, sí, sí!...

—*Y yo cuento...* Así, pues, vea usted cuál es nuestra situación respecto a los brazos... Mire en el libro de inventarios y en el de balances...

—¡Por favor! ¡Ya le comprendo! ¡Ya le comprendo!

—Y respecto a las manos... las manitas de niños... ¿Sabe usted cuántas manitas de niños nos deben todavía?

—¡Basta! ¡Basta! ¿No querrá usted hacerme creer—exclamé yo fuera de mí—que corta las manos a los niños?

—*No!*—dijo sombríamente el Hombre cerrando el libro con un gesto brutal—. ¡No!... ¡Sólo en lo que respecta a los niños les somos inferiores! *Yo no he podido...* Se tienen debilidades... *¡Pero tomamos dos pares de manos adultas por cada par de manitas infantiles!* ..

Yo me sujetaba la cabeza entre las manos como quien teme por su razón.

—Cálmese—me dijo él—. Cálmese... *Necesito de toda su calma, señor neutral.*

—¿Y las mujeres?—dije yo jadeando—. ¿Qué hace usted de las mujeres?

—Eso no puedo decírselo todavía, pues la señora del almirante von Treischke es nuestra primera prisionera...

—Usted no se atreverá a tocar a una mujer como no ha tocado usted a los niños... Yo lo

comprendo todo, todo, todo; pero no comprendo que se toque a una mujer, y a una mujer que, por lo demás, no ha hecho nada... que es la primera en llorar los crímenes de los boches... y los de su marido... Usted tiene aquí demasiadas víctimas, siempre dispuestas, para que le sea útil derramar la sangre de una inocente.

Yo me había dejado llevar de mi agitación (por no decir de mi indignación) y no me disgustaba del todo haber encontrado aquel argumento de la *inutilidad* del suplicio de Amalia. Me parecía propio para herir a un espíritu tan positivo y quizás tan *justo en el horror* como el del capitán Hyx. De hecho pude creer que le había hecho reflexionar. Me escuchó hasta el fin sin impaciencia, luego me consideró en silencio con una gran dulzura aparente. Y por último, lanzó un suspiro que me dió mucha esperanza, pues lo acompañó con estas palabras:

—Sí; una mujer. ¡Es horrible!

Ya estaba bien para empezar... Yo juzgué que sería prudente por mi parte no insistir por el momento... Y como su ademán me incitaba a sentarme a su lado en un banco maravillosamente esculpido situado a la derecha del altar, me limité a decir:

—Confío en su justicia...

Y luego, creyéndome como un bobo (¿no me lo había llamado él mismo momentos antes?) que tenía ganada la partida, o en todo caso, que me hallaba en vías de ganarla, decidí mostrar una comprensión cada vez más franca de la grandeza funesta (para los boches) de la san-

guinaria obra de aquel terrible filántropo, y como había sido llevado a hablar de prisioneros, le dije:

—Si los alemanes le han comprendido a usted en su patria como parecen haberle comprendido aquí, puede usted congratularse, en efecto, capitán... (Silencio de éste, que parece no haber oído.)

Entonces repetí moviendo la cabeza (como el doctor):

—Una de las cosas que no me han asombrado menos es la perfecta tranquilidad con que esos señores prisioneros parecen comprenderle a usted...

—Sí, sí, ya lo sé—acabó por decir el capitán.

—*Porque al fin y al cabo, no sólo comprenden su sistema de contabilidad, sino también que están destinados a experimentarlo en persona...*

—Evidentemente.

—Pues bien, permítame que le diga, capitán, que a mí me sorprende eso en extremo.

—Y que admira usted su tranquilo fatalismo. Ya lo sé. Ya lo sé.

—¡Ah! ¿Se lo han dicho?...

—Sí. Lo he leído en el informe diario del doctor o de Buldeo, no me acuerdo ya... (¡Cómo! ¿Hacen informes diarios? Hay que desconfiar!) En fin, que los encuentra usted sublimes de impasibilidad.

—O también irritantes de cobardía—dije yo temiendo haberle dicho algo desagradable.

—En suma, tan pronto le sublevan porque no se sublevan, como le entusiasman porque tienen

el aire de no preocuparse siquiera del suplicio que les aguarda... Pues bien, señor Herbert de Renich: *sepa usted que piensan constantemente en su suplicio, que no piensan más que en eso y que hacen cuanto pueden por rehuirlo, y que lo mejor que pueden hacer para rehuirlo es precisamente permanecer impassibles...* ¡Ah! Los boches son gentes prácticas, mucho más prácticas que sublimes... Conociéndolos bien también aquí, les he hablado en su lenguaje y ellos me han comprendido en seguida, y en seguida he logrado la paz... Señor Herbert de Renich, yo he dividido a los prisioneros en rehenes, semi-rehenes, tercios de rehén y cuartos de rehén... Los rehenes enteros son evidentemente los más felices. Están casi seguros de no ser perjudicados. Su vida, es cierto, me responde de ciertas vidas prisioneras en Alemania; pero estos señores han tomado sus precauciones para que no les sobrevenga ningún incidente enojoso. Ellos mismos han prevenido a la madre patria de la suerte que les estaba reservada. Esto es lo que le explica a usted el aire gallardo de von Busch y la magnífica alegría de von Freemann. Ahora, sepa usted que para lograr ser *rehenes enteros* ha sido preciso que estos señores mostraran una impassibilidad particular. El que flaquea o gime por su suerte y aun por la de los demás, *ése está destinado a pasarlo muy mal*, y perdóneme la expresión.

Pero esta expresión, ¡ay!, yo no se la perdoné... y no pude por menos de apartarme un poco de él en el banco que nos había acogido a los dos...

¿Se dió cuenta él de este movimiento, espontáneo y lamentable?

¿O no lo advertiría?

El tranquilo encarnizamiento con el que siguió explicando su horrible sistema, más bien me inclinaría a pensar que se había dado perfecta cuenta del efecto que me había causado, y poco después, por lo demás, me fué imposible contener un nuevo gesto de espanto...

—¿Le causo horror?—me preguntó él tranquilamente.

—¡Me espanta usted!... ¡Espanta usted a un hombre honrado, señor!... ¡Un hombre honrado que, en último término, se niega a conceder crédito a todas sus locas imaginaciones!... ¡No! ¡No!... Todos esos discursos no me convencerán de la abominable realidad de sus propósitos... ¡Usted quiere amedrentarlos!... ¡Usted quiere amedrentarlos, señor!

—¡Cierto!—repuso el Hombre—. ¡Cierto! Quiere amedrentarlos como han querido amedrentar ellos al mundo asesinando a los pueblos pacíficos del Norte... *Yo les amedrento de forma igualmente seria...*

Y cogiéndome de súbito la muñeca, y oprimiéndomela hasta hacerme casi chillar, añadió:

—¿Es que tengo yo el aspecto de quien bromea?—me dijo con voz silbante—. ¿Ha visto usted si bromeaba ayer, cuando se le ha cortado la lengua a ese sabio ilustre y charlatán?...

—¡No! ¡No!... Yo no lo he visto—exclamé yo aterrado por la súbita exaltación de mi interlocutor—... Eso ha sido *verdaderamente* horrible...

Pero aparte de ése, que podía ser sacrificado y que quizás haya merecido serlo, como advertencia... la venganza de usted no ha sido todavía nada más que una promesa... una amenaza... Dígame que conserve aún una esperanza...

—¿La esperanza de qué, caballero?... Me hace usted una pregunta a la que no he de contestarle. Eso es una cuestión pendiente entre Dios y yo... ¿Qué le importa a usted que ya hayan pagado algunos o que este pago no se efectúe hasta dentro de ocho días o de quince?... El tiempo no influye para nada en el asunto... Pero todos han de pagar, se lo juro... Eso es lo que está claro...

—¡Qué desgraciados!... ¡Qué desgraciados!...

—¡Oh! ¡No se compadezca usted de todos ellos!—me dijo el capitán chanceándose de un modo horrible—... Hay unos que merecen menos compasión que otros... y son los que, *casi tranquilizados acerca de su suerte, se divierten con la suerte de los otros...* Y sobre todo, no vaya usted a creer que tienen que hacer el menor esfuerzo para ver cómo sufren los otros... aun cuando éstos sean amigos, hermanos, compañeros de armas... Ya sé que usted los ha visto en la *ventana enrejada después de cenar*. ¿Le han dado la impresión de no hallarse a gusto? ¿Sí o no?... ¡Conteste!

—¡No! Esto es más espantoso aún de cuanto hubiera podido imaginarse... ¡No! ¡No! No parecían estar a disgusto... ¡Oh! ¡Usted es el demonio!...

Esta última frase se me escapó muy a pesar

mío como una bomba que hubiera fenido dentro de mí. Pero entonces el capitán no pareció molestarse por ello. Hasta se sonrió, rascándose con el índice el ángulo de su boca bajo el antifaz y dijo:

—Caballero, ¿conoce usted la expresión *Schadenfreude*? Es una palabra alemana que no tiene equivalente en ningún otro idioma. Designa, en efecto, un rasgo de carácter que es propiedad exclusiva de los boches (1) y significa poco más o menos esto: "placer que procura la conciencia de haber causado mal a otro", o también "goce de ver sufrir a otro"... Sin duda, según ha dicho Curt Wigand, ese perverso sentimiento existe más o menos pronunciado en ciertos individuos de todas las demás naciones; pero en éstos no aparece en cierto modo sino como el efecto de un estado de espíritu excepcional, de un impulso momentáneo, mientras que los alemanes, por el contrario, padecen verdaderamente una *Schadenfreude* natural y crónica, tan difundida, o para decirlo mejor, tan general, que su lengua, privada de palabras para designar la delicadeza y la galantería, ha debido forjar una con el fin de expresar esa odiosa y malsana satisfacción que procura a las almas bajas y crueles "la contemplación de la desgracia ajena". Ahora bien, cuando a esta contemplación de la desgracia ajena se añade la esperanza de que quizás pueda esta desgracia disminuir la de uno

(1) *Le Petite Histoire* (G. Lenotre).

mismo, imagínese usted lo que se puede conseguir...

—Ya lo he visto. Ya lo he visto. ¡Oh, señor, qué bien los conoce usted!

—No tan bien como se conocen ellos mismos—me replicó el capitán—. No tan bien, según puede usted comprobarlo, como ese Curt Wigand, avisado psicólogo boche, que parece comprender muy bien a sus compatriotas, pero elude el apoyar su tesis con ejemplos; no obstante, una vez encaminado el espíritu por este sendero, por pocos y superficiales conocimientos que se tengan de la historia y las costumbres de los alemanes, estos ejemplos acuden en abundancia a la memoria. Pues la *Schadenfreude* ha existido en todos los tiempos. Por todas partes por donde ha pasado principalmente el prusiano se descubren las huellas de los refinamientos en que se han puesto de manifiesto, ora su prurito nativo de manchar y profanar, ora su ingeniosa ferocidad. En Nuremberg puede verse todavía la famosa madona que inventó un Hohenzollern, Federico, el de los dientes de hierro, según se dice. Antiguamente se encontraba en el antiguo castillo de Berlín. Es una estatua hueca de madera, que se abre como un armario y cuyas puertas y paredes interiores están guarnecidas de puntas de acero. Cuando los jueces a sueldo del mencionado Federico no encontraban pruebas para condenar a un acusado, lo absolvían y lo llevaban ante la madona para que rezara ante ella en acción de gracias. Le empujaban entre los brazos de la estatua,

que, mediante un mecanismo secreto, le acogía en su seno desgarrándole con su abrazo y atravesándole con sus cien puñales. Imagínese los chillidos que salían entonces de aquella siniestra efigie, sacudida por la agonía del desgraciado que se debatía en aquel féretro erguido, desgarrándose él mismo en las cortantes cuchillas... y dígame si la imaginación de un verdugo ha concebido nunca algo que sea comparable en crueldad, en hipocresía y en profanación a ese instrumento de tortura prusiano al que su inventor había dado el aspecto y la plácida actitud de la Virgen misericordiosa. Atrocidad medieval—se dirá—, vestigio de una época fecunda en horrores análogos... Pero en 1814, su general Blücher, acordándose de la madona de Nuremberg, llevaba entre sus bagajes por la Champaña la "jaula de los franceses", gran cajón descubierto cuyo piso estaba formado de cuchillas cortantes y que se hallaba construido de tal modo, que los hombres no podían permanecer en él ni de pie, ni sentados, ni tendidos. El viejo reître se reía de las contorsiones y los gemidos de los prisioneros a los que encerraba dentro.

—¡Qué salvajes! ¡Qué salvajes!

—Señor mío, los salvajes no han cambiado. Los informes oficiales belgas y franceses le atestiguarán que su imaginación para el mal y el sufrimiento y el goce del sufrimiento no ha hecho más que "crecer y embellecerse". ¡No! ¡No! *Los salvajes no cambiarán mientras no encuentren otros más salvajes que ellos. ...Y si por casua-*

lidad, porque aún hay por el mundo personas bien intencionadas, como usted, señor neutral, que despliegan un celo neutral tratando de conciliar lo blanco y lo negro, la herida y el cuchillo, y quieren que la herida olvide al cuchillo, si por casualidad, llevado de ese buen deseo de olvido y perdón general, se viera usted llevado a poner en duda el testimonio, aun oficial, de los crímenes cometidos por los boches, yo le recordaré los testimonios boches que los glorifican.

"¿Será preciso que la civilización eleve sus templos sobre montañas de cadáveres, sobre mares de lágrimas, sobre esteriores de moribundos? Si." (Mariscal von Haeseler, 1915.)

"No deis cuartel. Sed tan terribles como los Hunos de Atila." (Guillermo II, 1900.)

"Se puede fusilar a los prisioneros... Se puede obligar a los rehenes a que expongan su vida." (Manual del Estado Mayor alemán, 1902.)

"Yo he dado mi consentimiento para que el general en jefe hiciera incendiar toda la localidad y fusilar a unas cien personas." (Von Bülow, al mando del Segundo Ejército, 1914.)

"Todos los prisioneros han de ser ejecutados. A los heridos, con o sin armas, también se les ejecutará. No debe quedar ningún hombre vivo detrás de nosotros." (General Stenger, al mando de la 58.^a brigada, 1914.) ¡Y cuántos y cuántos crímenes más, erigidos sobre el mundo como una verdad, como una religión nueva! ¡La vieja religión nueva que impone al mundo el buen Dios alemán!... ¿Qué dice usted a eso, señor neutral?

El capitán se había levantado. Ciertamente no esperaba que yo le contestara, y yo no tenía nada que contestarle. El capitán Hyx elevó las manos hacia Dios y exclamó:

—He ahí una doctrina que goza de una milagrosa coherencia, y que, a decir verdad, tiene el mérito de no retroceder ante las dificultades morales que hasta ahora eran un honroso obstáculo para todos los pueblos. Esa doctrina, toh boches divinos!, no sólo la habéis concebido, sino que la habéis traducido en actos tras una preparación científica y debe hacerse la justicia de que habéis sabido adaptaros plenamente a ella. Pues bien, caballero, yo he sido tan neutral como usted... Si llevo un antifaz en el rostro es porque conviene a los intereses generales de cierto punto que no se conozca mi nombre y porque yo debo ser el único responsable de mi respuesta al crimen boche... Pero mi nombre es el de un bienhechor de la humanidad. Mi inmensa fortuna ha servido hasta hoy para mitigar el mal en la tierra... Se halla escrito en el frontispicio de todos los hospitales... Pero hoy día me arruino por la tortura. ¡Y creo verdugos! ¡Y desafío a Dios por no ponerse de mi lado!..

Con voz sorda, irridada, prosiguió:

—¡Es muy bonito fustigar el crimen y pronunciar veredictos infamantes!... Es muy bonito pronunciar fallos contra el crimen, como ese veredicto del tribunal de Kinsale, que después de la catástrofe del *Lusitania* clamaba sobre el mundo:

“Este horroroso crimen viola el derecho de gentes y las convenciones de todos los pueblos

civilizados. Por lo tanto, nosotros lanzamos la acusación de asesinato en bloque contra los oficiales del submarino alemán y contra el emperador y el Gobierno de Alemania que les dieron la orden.”

—Eso está muy bien; pero no son más que palabras, palabras, palabras... Yo, señor mío, he aportado un hecho... No he perdido el tiempo maldiciendo el crimen: *he querido detenerlo*. Levántese, mire, *tenga el valor de hojear mi contabilidad* y dígame si me he equivocado o si he tenido razón... Aun cuando le cause horror, ¿qué quiere usted que me importe a mí *su repugnancia?*... ¿Es que cree usted que la que yo he sentido por la obra no ha sido más terrible que la suya? Pero la he vencido... y esto es lo principal... Mire, señor, mire... un pequeño esfuerzo..., un pequeñísimo esfuerzo... Acérquese a mi copador de cartas... Ahí... Ahí... Mire esa carta que he recibido en Madera por mediación de la *kommantatur* de Bruselas... Se trata de un proceso... Precisamente en esta semana, dentro de dos días, van a comparecer ante el consejo de guerra más de cuarenta belgas, empleados telegrafistas, acusados de espionaje. Este proceso, uno de los más importantes entre los que se han instruido hasta aquí, *es un proceso de condena de muerte*... Pues bien, señor mío, lea esa carta que me concede su indulto de antemano... Y ahora maldígame. ¿Qué quiere usted que me importe a mí eso?... ¡Dígame usted, señor!..